



Razón y Palabra.

REVISTA CIENTÍFICA

Razón y Palabra

ISSN: 1605-4806

octavio.islas@uhemisferios.edu.ec

Universidad de los Hemisferios

Ecuador

García-Jiménez, Leonarda
E-SOCIAL MOVEMENTS Y RESISTENCIA SIMBÓLICA: HACIA UNA TEORÍA DE LA
COMUNICACIÓN Y EL CONTRAPOWER.

Razón y Palabra, núm. 81, noviembre-enero, 2012
Universidad de los Hemisferios
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=199524700028>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

E-SOCIAL MOVEMENTS Y RESISTENCIA SIMBÓLICA: HACIA UNA TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN Y EL CONTRAPOWER.

Leonarda García-Jiménez¹

Resumen

Los nuevos movimientos sociales, definidos en este artículo como e-social movements debido a su lógica digital-comunicativa, son fuente de narrativas de resistencia (contrapoder) frente al poder establecido e institucionalizado que es el que selecciona los elementos que conforman nuestro imaginario colectivo. Debido a dicha lógica, los e-social movements presentan mayores capacidades de gestión comunicativa y de influencia en el espacio público, situación que está problematizando en mayor medida las siempre tensas relaciones poder/contrapoder. Este artículo desarrolla una teoría de la comunicación social valedera para el análisis y comprensión de las movilizaciones ciudadanas que están protagonizando el espacio público contemporáneo.

Palabras clave

Teoría de la comunicación, poder, contrapoder, e-social movements, espacio público digital, redes.

Abstract

This article defines new social movements as e-social movements because of its digital and communicative dimension. E-social movements represent counter-power, the narratives of resistance against official power that defines reality. E-social movements have a greater communicative capacity to influence public space because of the digital technologies. This greater power makes the relationship between power and counterpower more problematic. This article develops a social theory of communication useful for the analysis of the social movements that are leading the public space during 2011.

Keywords

Communication theory, power, counterpower, e-social movements, digital public space, network.

1. Introducción: sobre el poder y el contrapoder

La movilizaciones ciudadanas de protesta en contra del poder establecido (político, económico, militar, etc.) han sido, históricamente, uno de los motores de cambio más importantes de lo social. Si bien los objetivos y las motivaciones han variado en función del contexto sociohistórico, toda movilización ha tenido siempre un claro componente comunicativo (ej. la imprenta y su relación con la Reforma Protestante y la Revolución Francesa). Así, no sería excesivamente arriesgado señalar que toda revolución social es, en última instancia, una revolución comunicativa. Y, por tanto, toda revolución social supone una resistencia del contrapoder frente al poder establecido.

Los movimientos sociales son redes de interacción informal pero repetitiva a lo largo del tiempo, que comparten creencias y solidaridad, y desarrollan formas de acción que se sitúan fuera de la esfera institucional (política, económica, etc.). Además, “son formas de acción colectiva que desafían o rompen los límites de un sistema de relaciones sociales existente en los contextos que surgen” (Martínez, 2011: 26).

Desde una perspectiva simbólica, entiendo en este artículo el poder como poder simbólico, como poder de significación (Hall, 2009), el poder como la capacidad de definir la realidad e influir en la percepción que de la misma tienen los individuos. Esta dimensión simbólica del poder tiene también una clara dimensión material; dirá Thompson que “el poder es la capacidad para actuar de acuerdo a la consecución de los propósitos e intereses de cada uno, la capacidad de intervenir en el curso de los acontecimientos y de afectar a sus resultados” (Thompson, 1998: 29). El poder es, por tanto, la capacidad simbólica de definir, seleccionar y excluir los elementos que conforman nuestro imaginario colectivo y con ello la capacidad de alterar el curso de los acontecimientos y resultados. En este mismo sentido, el contrapoder sería la capacidad de resistencia al estatus quo, la capacidad de resistencia a la imposición de significados por parte del poder oficializado e institucionalizado. Como sabemos, donde hay poder e intentos de control, siempre habrá resistencia (Castells, 2007: 248).

Los nuevos movimientos sociales son movimientos de contrapoder, movilizaciones que están copando el espacio público tanto físico/cívico como simbólico. Desde finales de 2010

y a lo largo de 2011 las movilizaciones de protesta, organizadas en el espacio virtual mediante el uso de tecnologías digitales y llevadas a cabo en los espacios públicos de las ciudades, han protagonizado la agenda mediática y ciudadana. Primero fueron las revueltas del norte de África a finales de 2010 y principios de 2011, con el consiguiente derrocamiento de los regímenes absolutistas de Túnez o Egipto y más tarde, ese mismo modus operandi (de lo virtual a lo físico/material) caracterizó las protestas en el viejo continente, castigado por una de las crisis económicas más severas que han conocido los estados nación modernos, hoy globalizados y sometidos, de esta forma, a los flujos financieros internacionales.

Este artículo propone la definición de los nuevos movimientos sociales como e-social movements, es decir, movilizaciones en las que la lógica digital-comunicativa forma parte de su propia naturaleza. Este hecho implica el que las movilizaciones en el siglo XXI comparten los rasgos que caracterizan al paradigma informacional tecnológico (horizontalidad, desinstitucionalización, apertura, flexibilidad, adaptación, lógica red, ubicuidad, etc.), hasta tal punto que la lógica tecnológica trasciende su carácter instrumental y termina convirtiéndose en el rasgo ontológico definitorio de los e-social movements. Este trabajo es, por tanto, una teoría general sobre la comunicación y el contrapoder, marco teórico valedero para el análisis de las movilizaciones ciudadanas que están protagonizando el espacio público contemporáneo (como es el caso de las revueltas del norte de África o el 15M).

Los e-social movements, movimientos propios del contrapoder, tienen una mayor capacidad que los antiguos movimientos sociales para gestionar y articular sus propios espacios comunicativos mediante las herramientas digitales, lo que les permite presentar una mayor resistencia frente al poder institucionalizado y, a la vez, tener mayores opciones de influir tanto en la esfera como en la opinión públicas. Esta es, precisamente, la hipótesis general que plantea el presente artículo: la mayor capacidad de autogestión comunicativa está otorgando a los nuevos movimientos sociales una mayor influencia en el espacio público y en la agenda ciudadana, a cuya particular configuración se ha añadido una voz más, la de los propios movimientos sociales. Esta capacidad de acción genera una mayor

tensión simbólica, esto es, una mayor problematización y polemización en torno a lo asuntos que copan el espacio público.

Me interesan los movimientos sociales como fuente de narrativas que retan los significados dominantes y, por tanto, movimientos sociales como fuentes generadoras de mayor tensión simbólica en el ámbito de lo social. Esto no implica que la tensión social a la que me refiero sea exclusiva del siglo XXI; acaso no podríamos definir la historia de la humanidad como la lucha por el control sobre la producción de significados. Desde este punto de vista, la resistencia, el contrapoder, sería una cualidad innata al propio ser humano. Ahora bien, la contemporánea sociedad de la información presenta una democratización en el acceso a las herramientas comunicativas, gracias a las tecnologías digitales de la información y la comunicación, que no tiene parangón. Esta democratización implica el aumento de procesos, actores, discursos, lo que Scolari (2008: 113-114) define como hipermediaciones: “Al hablar de hipermediación no nos referimos tanto a un producto o un medio sino a procesos de intercambio, producción y consumo simbólico que se desarrollan en un entorno caracterizado por una gran cantidad de sujetos, medios y lenguajes interconectados tecnológicamente de manera reticular entre sí”. Por tanto, frente a esta multiplicación de interacciones y su consecuente complejización, es evidente que las posturas alternativas al estatus quo tienen más medios para proyectar su voz en la esfera pública.

Para responder a todas estas cuestiones, he organizado el presente artículo de la siguiente manera: en primer lugar, desarrollo el concepto de sociedad como un espacio de lucha simbólica por la definición de la realidad entre el poder (simbólico) y el contrapoder. En segundo, me interesa responder al porqué de la mayor influencia de los movimientos sociales. Esta cuestión la desarrollaré mediante la conceptualización del espacio público propio del siglo XX y su evolución hasta la conformación del digital contemporáneo, ambos interrelacionados con los antiguos movimientos sociales y los e-social movements respectivamente. Una vez esbozado el contexto comunicativo en el que se enmarcan las acciones de los nuevos movimientos sociales (y su comparación con el contexto comunicativo propio del siglo XX), a modo de conclusión desarrollaré a partir de las cuestiones teóricas tratadas en este artículo, algunos apuntes acerca de la naturaleza comunicativa definitoria de los e-social movements. Con ello, propongo, al mismo tiempo,

la agenda de investigación necesaria para desarrollar en mayor profundidad y de forma empírica la teoría general sobre la comunicación, el individuo y el contrapoder que planteo en este trabajo.

2. La sociedad como espacio de lucha simbólica: comunicación, significación y tecnología

2.1 Sobre comunicación y significación

Los e-social movements, es decir, los movimientos sociales propios del contrapoder, en el siglo XXI tienen una mayor capacidad para gestionar sus propios espacios comunicativos - denominados “medios alternativos” (Atkinson, 2010) o “autocomunicación de masas” (Castells, 2009)- y más opciones, por tanto, de influir de manera más directa en un espacio público simbólico que otrora estuvo dominado principalmente por los medios de comunicación de masas (Habermas, 1988). Esta mayor capacidad de gestión comunicativa apunta una transformación en las acciones y la gestación de las movilizaciones del contrapoder, que hoy, por la capacidad de interconexión y conexión local-global que posibilitan las TIC , están pasando en primera instancia por el ágora digital. Estamos asistiendo a una progresiva transformación en la configuración de lo social.

Esta cuestión nos va a llevar a que a más presencia en el espacio público, más tensión simbólica entre el poder que define el estatus quo y las voces de resistencia. Es por ello que, en última instancia, los nuevos movimientos sociales como fuentes de contranarrativas, debido a su mayor capacidad de organización y visibilidad que durante el siglo XX, están generando una mayor tensión simbólica, es decir, una problematización creciente y un mayor conflicto por la definición de la realidad. De esta forma, el espacio público posmoderno queda caracterizado por una mayor complejidad que antaño y por el auge de los flujos horizontales, que están restando tensión a la verticalidad propia de sociedades más jerarquizadas (Galindo, 2006: 18).

El individuo tiene mayores posibilidades de resistencia y de organizar espacios comunicativos, lo que representa una de las mayores paradojas del tiempo que nos ha

tocado vivir: frente al nihilismo, hedonismo y emocionalidad propios de la posmodernidad (Lipovetsky, 2000), el individuo tiene mayores capacidades de resistencia a la influencia unidireccional de las estructuras políticas, económicas, religiosas o mediáticas. Es posible que la tensión entre el individuo y la masa que caracterizó a la sociedad durante el pasado siglo (Aguado, 2004: 229), continúe hoy con la tensión entre el individuo dionisiaco y el individuo en red, es decir, aquél otro que trata de presentar una resistencia simbólica al poder establecido (Sampedro, 2005). No me detendré más en esta cuestión, pero es probable que en este aspecto hallemos una de las mayores y más características contradicciones del momento posmoderno contemporáneo.

La democratización en la gestión de procesos comunicativos es concebida en este artículo como algo más que una mera cuestión de carácter instrumental. Lo que esa democratización está poniendo en evidencia es que la sociedad, en última instancia, es una red comunicativa, un espacio de lucha simbólica (de clase, género, etnia, etc.) en el que las minorías y subculturas se resisten a la imposición de significados de los grupos dominantes, es decir, de aquellos que tienen la capacidad de definir la realidad y de seleccionar, incluir o excluir los elementos que integran nuestro imaginario colectivo.

Este “nuevo” equilibrio entre el poder y el contrapoder es altamente complejo, dado que como ha señalado Bourdieu (2003), el poder (simbólico) no se hace presente, por lo que permite continuar ostentándolo a aquellos que lo poseen y neutraliza las ansias de emancipación de los dominados. Desde este punto de vista y partiendo de la aproximación conceptual al concepto de poder que proponía en la introducción, de los cuatro tipos de poder existente, es decir, el económico (ejercido por instituciones económicas), el político (ejercido por instituciones políticas), el coercitivo (ejercido por instituciones militares) y el simbólico (instituciones culturales) (Thomson, 1998: 30), es este último el más determinante de todos, acaso el que incluya a los otros tres restantes o del que dependen los poderes políticos, militares, económicos. Un poder simbólico que es la “capacidad de intervenir en el transcurso de los acontecimientos, para influir en las acciones de los otros y crear acontecimientos reales, a través de los medios de producción y transmisión de formas simbólicas” (Thompson, 1998: 34).

De esta forma, la sociedad es un espacio de tensión simbólica entre las ideologías dominantes (poder) y aquellas otras que no comparten las perspectivas hegemónicas del estatus quo (contrapoder), como es el caso de los nuevos movimientos sociales. De ahí que los e-social movements sean fuentes de contranarrativas, de resistencia y desafío al poder que está institucionalizado. Por eso, las relaciones de poder son por naturaleza conflictivas (Castells, 2007: 239), porque el contrapoder es la capacidad de los actores sociales de retar y eventualmente cambiar las relaciones institucionalizadas en la sociedad. Esto implica que las relaciones de poder históricamente han estado determinadas por procesos de dominación y contradominación. Así, los e-social movements actúan en la estructura de la red global y entran en la batalla sobre las mentes interviniendo en los procesos comunicativos globales. Nos vamos a encontrar con movimientos sociales contra el capitalismo global, contra la sociedad patriarcal, en favor de los derechos de la mujer, los niños, las minorías sexuales (Castells, 2007: 248-249), los jóvenes o desempleados.

Por tanto, la sociedad es un espacio de lucha simbólica (lucha de clases, género, etnia, religión), espacio comunicativo en el que diferentes posturas tratan de establecer sus propias definiciones de la realidad y donde los grupos minoritarios tratan de resistir la imposición de significados de los grupos dominantes (Storey, 2009: XVI).

De esta manera, Hall (2009: 123) señala que el poder de significación no es una fuerza neutral en la sociedad, sino que siempre conlleva luchas porque de esa significación dependen los significados que integrarán nuestros imaginarios colectivos. El que no sea una fuerza neutral, sino que, por el contrario, la significación responda a determinados intereses, es lo que convierte al poder (de significación) en un poder ideológico. Se trata de un poder ideológico que define los eventos de una forma particular. Esta cuestión enlaza directamente con la concepción de hegemonía propuesta por Williams (1976: 118): “La noción de dominio político en las relaciones entre países o clases sociales es propia de la hegemonía burguesa (...) Y describe un dominio más general que incluye, como uno de sus rasgos clave, una particular manera de ver el mundo, la naturaleza humana y las relaciones”.

Hablamos de un poder de carácter ideológico, donde las ideologías, es decir, los sistemas de codificación de la realidad, apoyan los intereses de los grupos dominantes. Y es por ello

que la lucha simbólica es entre aquellos que apoyan las ideologías dominantes y aquellos otros grupos alternativos que no comparten las perspectivas oficiales sobre el mundo. Un ejemplo de lucha simbólica es la crisis del patriarcado provocada por mujeres que: “Están minando la visión patriarcal en la familia, la economía y las instituciones. Estas luchas, que retan el orden patriarcal, generalizarán los procesos de crisis en las estructuras de la familia tradicional” (Castells, 2008: 321).

Además, otro aspecto que pone en evidencia esta sociedad como espacio de confrontación simbólica es que el acceso al poder no es igualitario, dado que nos vamos a encontrar con grupos que tienen un acceso privilegiado a la capacidad de significación y aquellos otros grupos que tienen que luchar para acceder al mundo del discurso público (Hall, 2008: 133).

Todas estas cuestiones nos remiten a que la batalla del siglo XXI está siendo una batalla comunicativa por definir la realidad. Esto ha sido siempre así, pero la sociedad red es fuente de mayores batallas simbólicas por la definición de la realidad porque otorga mayores opciones de significación a las contraideologías, tal y como ha señalado Castells.

2.2 La construcción simbólica de la tecnología

Por tanto, es muy probable que en la contemporaneidad asistamos a un aumento de la tensión en la lucha por la definición de la realidad entre los incluidos y excluidos del sistema, es decir, los que simbólicamente están dentro (poder hegemónico) y los que simbólicamente desean estarlo (las subculturas que ejercen el contrapoder). La mayor tensión es debida, entre otros motivos, al aumento del poder individual a partir de la revolución informacional de la segunda mitad del siglo XX. Con esto, no quiero caer en el discurso tecno-utópico que apunta solamente las excelencias deterministas del desarrollo tecnológico, como si las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) tuvieran vida propia y fueran ellas la que engendraran la transformación social, en nuestro caso materializada en el aumento de tensión simbólica por la definición de la realidad apuntada anteriormente.

Ahora bien, la tecnología, en parte, se construye simbólicamente, es decir, responde a las necesidades y usos demandados por los usuarios. O lo que es lo mismo, cada tecnología engendra a sus usuarios y es socialmente negociada, “donde nosotros fijamos qué significa una tecnología dentro de los límites fijados por la sociedad de donde emerge” (Scolari, 2008: 261). Porque la tecnología es un medio y una construcción social con sus propias implicaciones. Podría decirse que el cambio sociotecnológico es fruto de un conflicto entre productores, mediadores y consumidores (Scolari, 2008: 262), lo que pone en evidencia la complejidad de la construcción tecnológica, que va más allá de la aparición de nuevos dispositivos aceptados por los usuarios tras agresivas campañas de marketing. Esta cuestión acerca de la construcción social otorga a los usuarios un rol fundamental, por lo que la tecnología incluso termina convirtiéndose en un espejo que refleja los rasgos de un momento histórico determinado: “El desarrollo de la tecnología de la auto comunicación de masas es también producto de nuestra cultura, una cultura que enfatiza la autonomía individual y la auto construcción del proyecto del yo como actor social” (Castells, 2007: 249).

Por tanto, el que la tecnología se encuentre en el epicentro de los denominados nuevos movimientos sociales otorgándoles mayores capacidades comunicativas (Atkinson, 2010), no es casual en modo alguno debido a que ha sido el propio orden social el que ha ayudado a moldear dicha tecnología. Además, esta construcción social a la que estoy haciendo alusión es aún más clara en el caso de las TIC, donde el denominado paradigma informacional está caracterizado por su flexibilidad, capacidad de penetración y reconfiguración (Castells, 1997). En este sentido, las tecnologías de la información debido a su carácter horizontal, abierto, dialógico y su capacidad, por tanto, de respuesta y adaptación a las siempre mutables demandas ciudadanas, potencian la complejidad en la construcción de significados y consensos, enfatizando los procesos comunicativos horizontales y desjerarquizados que restan tensión a los procesos comunicativos verticales caracterizados por el control y la jerarquía. El aumento de los procesos horizontales dialógicos complejiza el proceso de construcción de la realidad, pues son más la voces y discursos que participan en la conformación de nuestro imaginario colectivo. Esta es la cibercultura a la que hace alusión Galindo Cáceres (2006: 15), cuando apunta la emergencia

de nuevas formas de sociabilidad, relación entre individuos, sistemas de percepción, acción e interacción social.

La cuestión de las mayores opciones con las que cuentan los grupos que ejercen el contrapoder nos remite, directamente, a la construcción del espacio público contemporáneo. Es necesario analizar cómo se construye dicho espacio público (con la interacción entre los medios tradicionales y los medios sociales), para determinar la mayor visibilidad de los movimientos sociales en la arena pública. Veamos este aspecto en el siguiente apartado.

3. La configuración del espacio público: de los medios de masas a la movilización digital

3.1 Del espacio público mediático al espacio público digital

Tal y como he desarrollado en el apartado anterior, la sociedad, entendida como un espacio de batalla por la significación entre el poder y el contrapoder, presenta una mayor tensión simbólica que durante el pasado siglo XX. En este sentido, la sociedad de masas fue concebida como un orden conservador apuntalado por las instituciones mediáticas. Este fue el aspecto en el que convergieron dos de las tradiciones de pensamiento que han dominado el campo de la investigación en comunicación a lo largo del último siglo: la funcionalista y la crítica. Recordemos cómo el funcionalismo describió una sociedad en la que el equilibrio era mantenido mediante la comunicación, herramienta útil para eliminar las contraideologías y reforzar el poder y la ideología de las élites dominantes (Lasswell, 1960). En este contexto, los medios de comunicación, que dominaban el espacio público, eran instituciones conservadoras que confirmaban los puntos de vista existentes (Berelson, Lazarsfeld y McPhee, 1971: 655), contribuyendo de esta forma al mantenimiento del estatus quo y no imprimiendo cambios al orden social (Lazarsfeld y Merton, 2004). También la teoría del gatekeeper aceptaba la existencia de unos “pocos selectores de información que tenían un enorme poder para dar forma a nuestra visión sobre el mundo” (Schramm, 1960: 177). Desde la otra perspectiva, esto es, desde el pensamiento crítico, el análisis y valoración del contexto sociohistórico no distaba en exceso del planteado por los empíricos norteamericanos. De esta forma, Horkheimer y Adorno (1998) en *Dialéctica de la Ilustración*, denunciaban cómo el sistema excluía automáticamente lo nuevo, todo aquello

que no tuviera garantizado un notable éxito de ventas, lo que llevaba a una producción y reproducción mecánica de similares fórmulas y contenidos.

Ambas tradiciones de pensamiento concibieron un orden social en el que la estructura (mediática, política, económica) presentaba una influencia unidireccional sobre el individuo y donde el cambio (o la transformación) se presentaba como una amenaza que debía ser neutralizada. El espacio público, es decir, el lugar simbólico, discursivo y dialógico en el que se dirimen los conflictos y debaten y presentan los asuntos públicos y colectivos (García Jiménez, 2007: 124), estuvo a lo largo del siglo XX en manos de los medios de comunicación tradicionales, tal y como ha apuntado Habermas (1998). Ellos eran quienes poseían la propiedad pública no dialógica y desespacializada (Thompson, 1998: 169).

Desde el punto de vista de los movimientos sociales, esta situación implicaba una fortísima dependencia con respecto del medio. El proceso comunicativo que tenía por finalidad la influencia en el entorno, nacía del movimiento social, pero en su dimensión pública, era gestionado por los medios de comunicación, que era quienes copaban el espacio público. Ahora bien, en la contemporaneidad los medios sociales (abiertos y desinstitucionalizados) están estructurando la organización de las contraideologías debido a su poderosas oportunidades en el nuevo espacio público (Castells, 2007). De esta manera, los medios sociales, que quedan definidos por su horizontalidad, apertura y carácter dialógico, están teniendo cada vez una mayor presencia en el espacio público. Son medios sociales las redes sociales (facebook o twitter), blogs, webs de periodismo ciudadano (bottup) o los medios alternativos (Indymedia.org). Y precisamente por la apertura que posibilitan los medios sociales, se convierten en herramientas accesibles para la difusión de las narrativas del contrapoder propias de los movimientos sociales. En otras palabras, el espacio público está sufriendo un proceso de apertura, está yendo más allá de los medios de comunicación tradicionales, pues ahora el espacio público incluye también a los medios sociales. Y esta apertura está implicando un mayor acceso de los movimientos sociales al propio espacio público a través, precisamente, de los medios sociales. De esta manera, hoy aunque los medios de comunicación ya no son los dueños exclusivos del poder, siguen constituyendo el espacio donde el poder es decidido (Castells, 2007: 242). Ahora bien, ya no se trata del espacio público copado por los medios tradicionales propios del siglo XX, sino que se trata

de un nuevo tipo de espacio mediático: el creado en torno a la auto comunicación de masas, “un extraordinario medio para los movimientos sociales e individuos rebeldes que desean construir su propia autonomía y enfrentarse a las instituciones de la sociedad en sus propios términos y en torno a sus propios proyectos” (Castells, 2007: 246-249). La nueva estructura de poder tiene una geometría en red, es decir, es abierta y descentralizada y los actores que en ella operan tienen como última meta la restauración del significado en el nuevo espacio/tiempo, significado construido mediante flujos, lugares e interacciones y con unos medios digitales que están permitiendo la movilización y construcción de comunidades alternativas y temporales: “El desarrollo de redes de comunicación interactivas y horizontales provoca el aumento de una nueva forma de comunicación, la autocomunicación de masas. Bajo estas condiciones, las políticas insurgentes y los movimientos sociales son capaces de intervenir de forma más decisiva en el nuevo espacio de comunicación” (Castells, 2007: 238).

Se trata, en definitiva, de un nuevo asalto al poder originado y desarrollado en el espacio comunicativo digital (horizontal y en red), porque en la web, el control sobre la reproducción de los significados está en manos de los ciudadanos ordinarios (Gross, 2003: 259).

La transformación se ha producido desde un espacio público dominado por los medios tradicionales, a un nuevo espacio público en el que su configuración en red está dando paso a una mayor pluralidad de actores, materializada en los medios sociales alternativos y en el uso que de éstos hacen los e-social movements.

3.2 Paradigma de resistencia, antiguos movimientos sociales & e-social movements

Atkinson (2010) plantea que la gestión que los movimientos sociales hacen de sus propios espacios comunicativos es lo que está provocando la emergencia de un paradigma denominado por el autor como *ressistance perfomance* (paradigma de resistencia), contexto histórico que subraya y enfatiza las narrativas alternativas sobre el poder y la justicia social contra las estructuras de poder dominantes. Este paradigma de resistencia incluye a los medios alternativos y la autocomunicación de masas, sistemas comunicativos abiertos,

desjerarquizados y que recogen perspectivas críticas que con frecuencia animan a los usuarios y audiencias a presentar resistencia frente a la reproducción hegemónica: “Las conceptualizaciones del poder encontradas en los medios alternativos animan a la construcción y refuerzo de visiones sobre el mundo en favor de la justicia social” (Atkinson, 2010: 34).

El uso intensivo que los nuevos movimientos sociales hacen de las herramientas digitales, hasta tal punto que estas últimas se presentan como una nota ontológica definitoria de los mismos, es lo que definitivamente invita a que hablemos de auténticos e-social movements, que representan un ámbito de lo social más, configurado y articulado en clave tecnológica (al igual que la política, el periodismo o la educación). Los e-social movements son redes digitales que terminan convergiendo con el espacio urbano, colectividades tecno-organizadas que representan un paso más en la lógica de complejización de las movilizaciones sociales a lo largo del último siglo.

Desde este punto de vista, sería posible distinguir a los (nuevos) e-social movements de los (antiguos) movimientos sociales gestados en la era de la pre-revolución tecnológico informacional propia de la década de los 70 (Castells, 1997). De esta forma los e-social movements funcionan a modo de redes y son más pequeños, descentralizados y menos jerárquicos que los (antiguos) movimientos sociales (Atkinson, 2010). Trabajan para formar identidades, cambiar roles sociales y normas o denunciar los excesos del poder (desigualdades), más que para la creación o abolición de instituciones, los derechos de los trabajadores o cuestiones relacionadas con la distribución de la riqueza, proclamas sí atribuibles a los antiguos movimientos sociales (Atkinson, 2010: 7). Las luchas de los antiguos movimientos sociales estaban basadas en las divisiones entre clases sociales y la conquista de los derechos del trabajador, propias de la sociedad industrial capitalista del siglo XIX. Hoy, pasado a un segundo plano el conflicto de la lucha de clases, adquieren una mayor importancia las reivindicaciones basadas en cuestiones culturales (igualdad entre las diferentes etnias o géneros), políticas (como la oposición a los procesos de globalización) o medioambientales; en general, cuestiones de muy diversa índole que superan la cuestiones obreras propias de las sociedades industriales (Laraña, 1999). Estos nuevos movimientos sociales son estructuras de poder en las que los participantes utilizan canales digitales de

comunicación como herramientas para alcanzar metas temporales y resistir a las estructuras de poder dominantes en la sociedad. Dicho marcado carácter temporal provoca el que los e-social movements se movilicen para alcanzar metas concretas y desaparezcan tras las consecución de las mismas (Atkinson, 2010).

Además de esta dimensión digital-comunicativa, Laraña (1999: 147-148) apunta otras características que definirían a los nuevos movimientos sociales, como son la juventud y heterogeneidad de sus integrantes, heterogeneidad en cuanto a clase social, edad, género, estética, etnia, religión u orientación sexual. Además, frente a la crisis de los metarrelatos y los sistemas de valores modernos (familia, Iglesia, partidos políticos, etc.), la pertenencia a los nuevos movimientos sociales se convierte en fuente básica de sentido, una búsqueda en la construcción de la identidad que pasa al espacio público, en vez de la búsqueda en el espacio privado propia de anteriores etapas (Laraña, 1999: 156).

Habría un rasgo global de los e-social movements que englobaría a todos los demás: la lógica de interconexión, de enlazar, de conectar y unir lo que estaba disperso, lo individual, lo diferente, lo anónimo.

El cambio en la configuración de las lógicas que rigen el espacio público, pone en evidencia que los medios sociales (horizontales, abiertos, participativos), los medios alternativos caracterizados por la inclusión de narrativas críticas hacia el orden establecido o, en otras palabras, la autocomunicación de masas (Castells, 2009), están modificando las lógicas en la configuración de la agenda mediática, en primer lugar, y la ciudadana, en segundo .

4. A modo de conclusión.

Quisiera cerrar este trabajo con algunos apuntes finales que ayuden a definir en mayor medida la naturaleza de lo que en este artículo he denominado como e-social movements. Estos apuntes son notas inferidas a partir de lo desarrollado en este trabajo, esto es: la batalla por la significación entre el poder y el contrapoder y el rol que los medios sociales,

alternativos, digitales juegan en dicha pugna por la definición de la realidad. Son cuatro las notas concluyentes, notas que marcan, en igual medida, una agenda de investigación futura para continuar con el análisis de los movimientos sociales propios de la sociedad de la información.

1. Los e-social movements ponen en evidencia el poder de lo individual, concretamente del individuo que está conectado en red. Los medios sociales y en general las tecnologías digitales son medios liberalizadores que ponen al centro la expresión “yo puedo”, redes person to person que multiplican la rapidez y la velocidad de propagación de los discursos. Este individuo conectado en red nos remite a otra conexión, la del individuo con la masa. El acceso de uno a otro es lo que conecta a los individuos que integran la masa, por lo que ésta deja de ser anónima. Los procesos comunicativos dejan de ser de unos pocos a unos muchos para ser un tú a tú en red y horizontal, es decir, que aspira a lo infinito, en la misma medida que lo hace la lógica del paradigma 2.0 (Scolari, 2008: 111).

2. El poder del individuo que está conectado en red nos lleva directamente a la conexión local-global. “Piensa local, actúa global”. La acción de los e-social movements no puede ceñirse a un territorio físico (a un estado nación, a un país concreto) porque la globalización desdibuja los límites y las fronteras de los ya superados modernos estados nación. Si nos encontramos frente a sociedades red (interconectadas) el movimiento social entra en esa lógica y actúa en red y por tanto, sin fronteras físicas. La acción es local y global al mismo tiempo. En última instancia se desarrolla en un espacio físico concreto, pero sus dimensiones son globales debido a su acción mediante los medios sociales. Desde este punto de vista, los e-social movements se ubican en el mismo nivel de actuación que las corporaciones transnacionales y los mercados financieros que denuncian. De ahí que los e-social movements se presenten como medios idóneos de canalización de un contrapoder en red, global y local.

3. Los e-social movements presentan la misma naturaleza que el paradigma informacional y que las tecnologías digitales, esto es, se trata de movimientos sin líderes, descentralizados, horizontales, espontáneos, en última instancia, se trata de movimientos

comunicativos. Al igual que las tecnologías digitales de la información, son movilizaciones caracterizadas por la flexibilidad, la adaptabilidad y, por ende, la capacidad de supervivencia. Hay individuos que orquestan y organizan, pero el movimiento en sí no responde a las pautas marcadas por un solo líder. La lógica en red imprime al e-social movement una constante expansión difícilmente controlable. En última instancia, el movimiento llega a adquirir un cierto carácter inmaterial.

4. Los e-social movements se caracterizan finalmente por una creciente conexión multimedia. Hay una marcada lógica de complejización y de interconexión mediática, del movimiento hacia los medios de comunicación y de los medios de comunicación hacia el movimiento. Este hecho nos presenta un nuevo espacio público de carácter más complejo y heterogéneo que el espacio público gestado en torno a los medios de comunicación de masas propios del siglo XX.

Bibliografía

ADORNO, T. y HORKEIMER, M. (1998). Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos. Madrid: Trotta.

AGUADO, J. M. (2004). Introducción a las teorías de la comunicación y la información. Murcia: Diego Marín Editor.

ATKINSON, J. (2010). Alternative Media and Politics of Resistance. A Communication Perspective. New York: Peter Lang Publishing.

BERELSON, B., LAZARSFELD, P. y McPHEE, W. (1971). “Political Processes: the Role of the Mass Media”, en SCHRAMM, W. y ROBERTS, D. (eds.), The Process and Effects of Mass Communication. Chicago: University of Illinois Press, pp. 655-677.

BORDIEU, P. (2003). Intelectuales, política y poder. Buenos Aires: Eudeba.

CASTELLS, M. (1997). La era de la información. Economía sociedad y cultura. La sociedad red, Vol I. Madrid: Alianza.

CASTELLS, M. (2008). “A new society”, in SEIDMAN, S. and ALEXANDER, J. (eds). The New Social Theory Reader. New York: Routledge, pp. 315-324.

CASTELLS, M. (2007). “Communication, Power and Counter-power in the Network Society”, en International Journal of Communication, 1, pp. 238-266. Disponible en <http://ijoc.org/ojs/index.php/ijoc/article/view/46>. Fecha de consulta: 25/07/2011.

CASTELLS, M. (2009). Comunicación y poder. Madrid: Alianza.

GALINDO CÁCERES, J. (2006). Cibercultura. Un mundo emergente y una nueva mirada. México: Instituto Mexiquense de Cultura.

GARCÍA JIMÉNEZ, L. (2007). Las teorías de la comunicación en España: un mapa sobre el territorio de nuestra investigación (1980-2006). Madrid: Tecnos.

GROSS, L. (2003). “The Gay Global Village in Cyberspace”, en COULDY, N. y CURRAN, J. (eds.). Contesting Media Power: Alternative Media in a Networked World. Lanham: Rowman & Littlefield, pp. 259- 272.

HABERMAS, J. (1988). Teoría de la acción comunicativa, vols. 1 y 2. Madrid: Taurus.

HALL, S. (2009). “The Rediscovery of ‘Ideology’: Return of the Repressed in Media Studies”, en STOREY, J. (ed.), Cultural Theory and Popular Culture. A Reader. New York: Pearson Longman, pp. 111-141.

HEATH, R. y BRYANT, J. (2000). Human Communication Theory and research. Londres: Lea publishers.

LARAÑA, E. (1999). La construcción de los movimientos sociales. Madrid: Alianza.

LASSWELL, H. (1960). “The Structure and Function of Communication in Society”, en SCHRAMM, W. (ed.), Mass Communications. Urbana: University of Illinois Press, pp. 117-130.

LAZARSFELD, P. y MERTON, R. (2004). “Mass Communication, Popular Taste, and Organized Social Action”, en PETERS, J. y SIMONSON, P. (eds.), Mass Communication and American Social Thought. Key Texts 1919-1968. Boulder: Rowman & Littlefield Publishers, pp. 230-241.

LIPOVETSKY, G. (2000). La era del vacío. Barcelona: Anagrama.

MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, R. (2011). Aproximación comunicacional a los movimientos sociales: nuevos actores del poder simbólico. Tesina de Licenciatura. Murcia: Universidad de Murcia. Material Inédito.

METROSCOPIA, “Sondeo la opinión de los españoles sobre el 15M”. 22 de junio de 2011, Disponible en http://www.metroscopia.es/DatosPublicos/15M_22junio.pdf. Fecha de consulta: 15/07/2011.

SAMPEDRO, V. (2006). 13M. Multitudes on line. Madrid: Catarata.

SCHRAMM, W. (1960). “The Gatekeeper: A Memorandum”, en SCHRAMM, W. (ed.), Mass Communications. Urbana: University of Illinois Press, pp. 175-177.

STOREY, J. (2009). “Introduction: The Study of Popular Culture and Cultural Studies”, in STOREY, J. (ed.), Cultural Theory and Popular Culture. A Reader. New York: Pearson Longman, pp. XV-XXI.

THOMPSON, J. B. (1998). Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación. Barcelona: Paidós.

WILLIAMS, R. (1976). Keywords. New York: Oxford University Press.

¹ Doctora en Comunicación y Profesora de Teorías de la Comunicación en la Universidad de Murcia (España). Ha sido profesora en la Universidad Católica de Murcia y docente visitante en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Universidad de Zacatecas (México), Universidad de Colima (México) y en las universidades iberoamericanas de León y México (2002-2009). Investigadora postdoctoral en la Universidad de Colorado (Estados Unidos) desde 2008 hasta 2011. Ha escrito más de cuarenta trabajos (artículos, libros, capítulos de libro, comunicaciones a congresos, seminarios y conferencias) dentro del campo de la teoría de la comunicación, publicado en revistas indexadas (Global Media Journal, Telos, ZER, Razón y Palabra o Ámbitos) y participado en algunos de los congresos internacionales más importantes en comunicación (WAPOR, IAMCR o NCA). Tiene 4 artículos en revistas de impacto JCR (Social Science Citation Index): European Journal of Communication, Communication Monographs, Andamios y Estudios del Mensaje Periodístico. Sus líneas de investigación son la historia intelectual del campo comunicológico, la historia de la investigación en España, la epistemología y ontología de la comunicación y las teorías sociales de la comunicación.